
Aurora o los inicios de la ciencia general provenientes de la Luz Divina para la felicidad humana, de Guillermo Pacidío Lubenciano

Título original: *Guilhelmi Pacidii Lubentiani Aurora seu Initia Scientiæ Generalis a Divina Luce ad humanam felicitatem*

Fecha: 1693 (?)

Manuscrito: LH 4, 7a Bl. 11r

Edición utilizada: GP, 7, 54–56

Otras ediciones: no constan

Ediciones anteriores en español: ANDREU, 3, 132–134

Traductor de la presente edición: Mario A. Narváez

Autores de las notas: Mario A. Narváez, Manuel Sánchez-Rodríguez, Oscar M. Esquisabel

Contexto y relevancia del texto: *Aurora* nos remite a un período ulterior del proyecto, ya que probablemente es de 1693 o posterior, según el *Ritter Katalog*. Como en casos anteriores, se trata también de un fragmento inconcluso. Sea como fuere, su estilo y composición poseen características notables. En efecto, profundiza la orientación mística que percibimos en algunos escritos previos. Más aún, el tono elevado, especialmente en la primera parte, el título y las continuas referencias a las metáforas del calor, el fuego y la luz sagrada sugieren una inspiración de, o al menos una fuerte ligazón temática con, *Aurora*, del místico Jakob Böhme (Jacob Böhme, *Aurora*, prólogo, traducción y notas de Agustín Andreu Rodrigo, Madrid, Alfaguara, 1979, esp. caps. 1–2). Además, por su estilo, parece estar dirigido a un público particular. El escrito tiene dos momentos. El primero de ellos, con una fuerte impronta mística (véase *De la verdadera teología mística*, OLASO, 390–394) muestra dos vías para llegar a las verdades racionales, cuya fuente última es la naturaleza divina. La primera de ellas asciende desde los sentidos hacia la fuente luminosa de toda verdad, para descender nuevamente a lo sensible. La segunda parece sugerir una problemática vía descendente, desde los atributos simples de Dios, la fuente de las esencias, hacia las verdades eternas, que son objeto de una contemplación pura. Ambas vías se entroncan así con el motivo de la ciencia general, que es ser el instrumento para la sabiduría como ciencia de la felicidad. El segundo momento del fragmento vincula el tópico de la iluminación y el amor divinos con los temas ya conocidos de la ciencia general, a saber, el método demostrativo de las verdades, que recurre a la aplicación de recursos simbólicos; estos, por su parte, no valen por sí mismos, sino por ser el medio de difusión de la luz de la verdad. Desde el punto de vista epistemológico, se destaca la posición subordinante de la ciencia general respecto de la geometría y el álgebra, lo cual remite implícitamente a la importancia de la combinatoria en este período (véase *Del horizonte de la doctrina humana*, en este volumen).

**AURORA O LOS INICIOS DE LA CIENCIA GENERAL
PROVENIENTES DE LA LUZ DIVINA PARA LA FELICIDAD
HUMANA, DE GUILLERMO PACIDIO LUBENCIANO**

«Nace, Sol, y une los colores etéreos a la luz y envía movimientos sagrados al alma que los desea».

[54] Los hombres de los tiempos antiguos, cuando aún no habían sido llevados al cultivo de la vida, encendían el fuego frotando los leños más duros. Este fuego, al provenir de la necesidad o la violencia, era denominado por los antiguos sajones *Nodfy*⁴⁷⁰. Así lo enseñan las antiguas leyes de Carlomagno, por las cuales estaba prohibido. Sin embargo, ahora también permanece el nombre y el recuerdo de esa superstición en la plebe rústica y ningún otro encendedor se usa más frecuentemente entre los bárbaros americanos. Mientras tanto, los sabios hacen descender del cielo llamas más puras y unen los rayos del sol con espejos o lentes [*vitris*]. De aquí proviene la asombrosa fuerza para actuar, ante la cual nada resiste y por la cual se domina y se transforma la naturaleza toda de los cuerpos más sólidos, y también revela sus propiedades secretas, tanto para el incremento de nuestro conocimiento como de nuestro poder. Por tal motivo, pienso que, con este instrumento incendiario, orientándolo siempre al sol, además de otros innumerables usos, se puede purgar la barbarie de la tierra, como así también quemar las hierbas inútiles y las raíces de los troncos para poder arar el campo.

Ahora, no obstante, nos será de utilidad comparar el procedimiento de los bárbaros con el de los sabios. Aquellos, cuando encienden el fuego, primero introducen el movimiento en la materia bruta, dura y terrena, entonces surge el calor y después la luz. Contrariamente, los sabios, reuniendo los rayos celestes, obtienen primero la luz y luego el calor, a través del cual descomponen también las cosas más duras. Por una distinción semejante se diferencian los métodos, como si se tratase de los grados de acuerdo con los que las mentes se vuelven mejores. En efecto, cuando todavía estamos inmersos en los sentidos terrenales, habiéndose dado la ocasión, una cierta excitación [55] sagrada provoca en nosotros felices

⁴⁷⁰ Expresión en alto alemán antiguo. Actualmente se utilizan las expresiones «*Notfeuer*», «*Need-fire*», «*fuego de auxilio*». Se refieren a un modo de encender el fuego, pero también a un ritual pagano ampliamente extendido en Europa, el cual tenía una finalidad purificadora, en momentos en que alguna plaga o calamidad asolaba una región (véase James G. Frazer, *La rama dorada*, FCE, México, 1944: pp. 717ss.).

movimientos, a partir de los cuales concebimos un calor que se abre paso hacia lo excelso, y entonces refulge la luz celestial. Empero, luego de hacer su aparición y de ser reunida más y más en una unidad por la atención del alma, la luz se convierte de nuevo en calor y en movimiento. En efecto, su más puro ardor se difunde por el corazón, y de ahí la fuerza etérea irrumpe en movimiento y en actos preclaros, de los cuales otra vez nueva materia surge del calor y la luz.

De esta circulación resulta esta terna sagrada, esto es, sabiduría, virtud y felicidad. Lo mismo se aplica en la investigación de la verdad. Ciertamente, o bien avanzamos de los efectos a las causas, o bien de los experimentos a la razón, o bien de las nociones confusas a las distintas, y como si estuviésemos con Moisés, vemos la espalda de Dios.⁴⁷¹ De esta clase es todo conocimiento histórico de la fortuna y de la naturaleza, de modo tal que quienes lo poseen han sido llamados doctos o experimentados. O bien, por la vía contraria, comenzando por las primeras ideas simplicísimas, esto es, a partir de los atributos divinos —en cuanto que constituyen las más claras y luminosas razones de las cosas— y, elevados por la luz, acompañamos la marcha de la fuente de la que emanan las esencias, de la cual extraemos las verdades eternas que surgen en orden en nuestra mente. Y puesto que no hay nada más armónico y agradable que ellas, tales verdades suscitan la admiración del alma, mucho más que aquella admiración que antes nos estimulaba al aprendizaje, cuando todavía éramos rudos. Ciertamente, mientras que aquella primera {admiración} nacía de la ignorancia y era acompañada por la inquietud, la madre de esta es la ciencia misma, y su hija es el deseo. Y, ciertamente, esta admiración no difiere del amor a la belleza que acompaña a la suprema contemplación de la perfección.

Adherir a este amor con voluntad firme es la virtud, gozar de esta purísima alegría es la verdadera felicidad. Y aunque conozcamos muchas cosas sensibles de manera confusa y seamos advertidos del bien y del mal para la utilidad de esta vida a través de un oscuro instinto de placer y de dolor del cuerpo, por un admirable decreto de la providencia, no obstante el divino creador de las almas ha esparcido en nuestra mente simientes de doctrinas más profundas y ha dado ejemplos del bien más grande y más durable, el cual, si es revestido de números y figuras, será captado hasta por el más rudo. No obstante, la misma fuerza y necesidad de lo verdadero, llamada demostración, se eleva sobre los números y las figuras; y no

⁴⁷¹ Alusión a *Éxodo* 33, 23.

se ubica en las imágenes, sino que consiste en ciertos invisibles rayos que imitan la divina luz.

Esto se evidenciará más claramente, creo, gracias a nuestro estudio, cuando mostremos que la invicta y eficaz verdad no está ligada sólo a las cuestiones matemáticas, sino que hay también una ciencia general, muy superior a la misma geometría y al álgebra. De aquella toman prestado estas lo que tienen de más bello. En efecto, nos ha sido manifiesto a nosotros mismos que con su ayuda los límites de la aritmética y la geometría han avanzado no poco, tal como ha sido mostrado por notables ejemplos.

Por lo demás, no negamos que en esta vida haya un grado de virtud y felicidad comparable sin el conocimiento profundo y distinto de lo verdadero. Ni tampoco {negamos} que muchas mentes alcancen [56] cierta participación en lo bueno, aunque {más no sea} por los movimientos confusos y sensibles de las imágenes útiles. No obstante, nos consta que, si al calor no añadimos la luz o {faltando todavía esta} la moderación, {ocurrirá que} los prejuicios, las ilusiones, la pertinacia indócil y los juicios temerarios a menudo tentarán, incluso, a las mentes devotas de Dios, las cuales prefieren lo singular a lo universal. De aquí, {surge} la oculta vanidad y el encarnizamiento sectario de la piedad soberbia hacia aquellos que no recurren a los mismos maestros o a los maestros de estos últimos.

Por esto, a menudo, el prurito de mantenerse apartado hace que las personas bien intencionadas no quieran unir sus fuerzas entre sí en vistas de un bien común, perturbándose unas a otras sus notables esfuerzos con choques mutuos. De tal modo que se impiden {alcanzar} eso mismo que buscan, no menos torpemente, que si los hombres no quisieran comerciar con aquellos que hablan una lengua diferente. No es necesario decir, pues, que lo más nocivo es disputar aquí y allí con odio mortal, ni que cuanto de bien puede acarrear la verdadera sabiduría, tanto de mal puede aconsejar una opinión incorrectamente deliberada. Estos monstruos del reino de las tinieblas no pueden ser disipados si no es con la introducción de la luz. Ahora bien, para que esto acontezca de la forma más feliz, necesitamos mientras tanto ciertos como si dijéramos postulados, a los cuales se deben acomodar las {personas} buenas y prudentes, hasta tanto no hayan llegado al punto de que puedan probar con argumentos invencibles todas las cosas que afirman.